

Armas en nuestras manos desde niños,
Y al cabo conseguían
Hacer de sus presentes sucesores
Lo que de ellos sus muertos ascendientes,
Unos espadachines imprudentes
Para quien fuese hallar competidores
Casi imposible entre los mas valientes.
Tal en mi juventud yo mismo he sido,
Y tal sois hoy vosotros,
Que do hallado os habeis, habeis reñido,
Y si vivis se lo debeis á otros.
Mas cansado ya el rey de que esto dure
Tantas generaciones,
Ordena que se apure
El manantial de tales disensiones.
Su majestad se mete por padrino
Vuestro, señor Don Juan, y su derecho
Sobre vos, recordando porque os tuvo
En la pila al nacer, y que no dudo
Que respeteis, os da por satisfecho:
Y yo por satisfecho á mi sobrino
Dando á la par, su majestad unidos
Quiere que hoy á sus piés seais conducidos.
Quiere que la ciudad juntos os vea,
Y pues nacisteis nobles verdaderos
Y sois en lo demas tan caballeros,
Por vosotros su pueblo nunca crea
Que un odio tan villano capaz sea
Dos nobles de cambiar en bandoleros,
Siempre puestos en trance de pelea.
La magestad del rey así lo escige,
La poblacion entera lo desea,
Y á mí con él su magestad me elige
Mediador y padrino.
Competente entre vos y mi sobrino.
Ved, pues, señores, lo que haceis, y el lustre
Recordad del blason de nuestra casa,
Pues si adelante vuestro enojo pasa
Y haceis así que el gusto real se frustre,
El rey ha de tomarlo tan á pecho,
Que os habrá de pesar lo que habreis hecho.
Así habló el juez, y se quedó esperando
De alguno de los dos una respuesta
Que su intencion pusiera manifesta,
Y ellos unos momentos meditando.
Al fin el jóven don German de Osorio,
Dejando su sillón franco y atento,
Tornando á su enemigo, con notorio
Placer le dijo y amistoso acento:
"Contrarios nuestros padres nos hicieron:
Vivimos hasta aquí como enemigos,
Porque así sus enojos lo quisieron,
Mas ya que media el rey y ellos murieron,
Pongo á mi honor y al cielo por testigos
De que depoño aquí mi encono insano;
Mi valor conoceis y mi hidalguia;
Si á vos no os está mal, por parte mia,
Caballero don Juan, he aquí mi mano."
El manco á quien iba dirigida
Tan generoso oferta, un punto breve:
Quedar ante él la permitió estendida,
Como quien á admitirla no se atreve,
O duda si ser debe ó no admitida.

Túvola Osorio quieta al mismo punto,
Aunque al ver que en tomarla se dudaba
Cuando él con tal franqueza le alargaba,
Pálido se quedó como un difunto:
Pensando que otra vez al recogerla,
En la espada no mas puede ponerla.
Mas don Juan antes de ello
La suya adelantó, é hidalgamente
Aceptó la amistad de que era prenda.
Y el juez, de entrambos mozos esigiendo
Palabra de cesar en su contienda,
Despidióles á entrambos, prometiéndolo
Que en muestra del agrado soberano,
Admitidos serian aquel dia
En su presencia y á besar su mano.

Y así fué: y el prudente don Felipe,
Al mediodia, ante la Corte entera,
Mostró su complacencia á los mancoes,
Y un tanto suavizó su faz severa
Al dar un parabien público y franco
A los amigos nuevos.
Juntos salieron de palacio, y juntos
Mostráronse los dos en varios puntos
De la ciudad, el blanco
Do quiera siendo de los ojos todos,
Recibiendo do quier enhorabuena
Por el dichoso fin de tantas penas,
De tan vanos rencores dimanadas,
Tan largos años á rigor llevadas,
Y de gente tan noble tan agenas.
En amistosa union así anduvieron
Ambos durante la jornada entera:
Y juntos á un festin se reunieron
Celebrando la paz de esta manera.
La noche, que estendia
Su manto de tinieblas por el mundo,
Les dividió, espontáneo y profundo
Sentimiento mostrando de alegría
Por la nueva amistad que les unia.
Con lo cual fuese don German de Osorio
A la casa del juez, donde asistia
Las horas de la noche, y una dama
A visitar don Juan á quien servia.
Mas con el juez á don German dejemos,
Caro lector, y tras el otro vamos;
Y cuán instables son comprenderemos
Las cosas de la tierra que habitamos,
Y el corazon del hombre en quien fiamos.

CAPITULO III.

Alrededor de la Antigua (1)
Y en una calleja Angosta,
De las que á dar al Esgueva
Van, y con puentes le cortan,
En una casa que esquina
Hace á dos callejas corvas,

(1) Nuestra Señora de la Antigua se llama una de las parroquias que tiene Valladolid.

Una hácia la Plaza Vieja
Y hácia las Angustias otra,
Vivia en aquellos tiempos
La hermosura peligrosa
De una morena de veinte,
Dándola una tia sombra.
Nació esta red de las almas
En las quebradas de Ronda,
De una pasion y una sangre
Mistás de cristiana y mora.
Un capitán mal cristiano
Y una esclava de Mahoma,
Cautiva del capitán,
La dieron ser, si no honra.
Y viendo cuál fué con ella
La naturaleza pródiga,
Pusiéronla, y con justicia,
El bello nombre de Aurora.
Aurora fué de las gracias,
Que á porfia unas tras otras
Mostraba, segun crecia,
En su gallarda persona.
Esbelta como una palma,
Ligera como una corza,
Flexible como una espiga.
Que el mas leve viento dobla:
Con dos ojos que á los astros
Con su resplandor enojan;
Con una voz mas que el aura
Simpática y armoniosa,
Y con una alma mas perñida,
Mas temible y mas traidora
Que los escollos ocultos
De la mar bajo las ondas;
Era la astuta rondena,
De cuantos mirarla logran,
Iman de los corazones
Y corsario de las bolsas.
Dejóla su padre, muerto
En un desafío en Loja,
Con unos cuantos doblones
Una haciendilla bien corta.
Usurpóselo un su primo,
Y ella á ver si la recobra
Vino á la corte, entre tanto
Viendo si heredar puede otra.
Mas tan diestra como bella,
Y como hechicera hipócrita,
Ganar se ha sabido fama
De discreta y virtuosa.
Y si sale, es solo á misa,
Y embozada y jamas sola;
Si la visitan, son siempre
Damas que crédito gozan;
Si la festejan galanes
Con músicas y con rondas;
Si billetes la dirigen,
O la siguen, ó la abordan
En la calle ó en las gradas
Al salir de la parroquia,
Ella ni el velo levanta,
Ni lee un papel, ni se asoma
A escuchar á la ventana

Las canciones que la entonan;
Su tia es quien los despacha
Despues de veinte y cuatro horas,
Y cuando de quién es él
Con maña oculta se informa.
Mas como han hecho una vida
Tan recogida hasta ahora,
Mas no han llegado á sus puertas
Que mozos de barba intonsa,
Estudiantes, militares
De larguísima tizona
Y retorcido bigote,
Muy amigos de camorras,
Muy dados á francachelas
Y fiestas estrepitosas;
Todos de amor tan holgados
Como encogidos de bolsa.
Y esta escondida sirena,
Esta bella Circe incógnita,
Tan recatada del mundo,
Es la dama misteriosa
A quien visita Don Juan,
Y á quien Don Juan enamora,
De la encapotada noche
Con el favor de las sombras.
Y lo que ha hecho el tal Don Juan
Para hacerse con la hermosa
Tan buen lugar, y adquirir
Tales derechos, se ignora:
Solo uno de los galanes
Desairados, en la Lonja
Dijo un dia paseando,
Que vió á Don Juan á la hora
De anocheecer, con la tia
Hablar largo rato á solas
A un lado de la plazuela
Do su calle desemboca.
Y que á otro dia la vieja
Compraba galas y joyas
A su sobrina en las tiendas,
Pagando en muy buenas onzas.
El cómo, nadie lo sabe,
Lo cierto es que Don Juan goza
De gran favor con la dama,
Y sus visitas no estorban.

Por eso en la noche misma
Del dia en que sus discordias
Terminaron de una vez
Osorio y él, y en la propia
Ocasión en que en la casa
Del juez y entre gente docta,
Mantenia Don German
Pláticas no muy sabrosas
Para mozos de sus años,
Mas que mantener le importa,
Pues que las mas de las noches
Acude allí aunque le enojan,
Don Juan en el aposento
Mismo de la encantadera
Rondena, á sus piés sentado,
Escuchaba de su boca
Dulces palabras de amor,

Y respiraba el aroma
Que de la flor de sus labios
Al abrirlos se evapora.
Aunque las que en este punto
Cruzan, á fé que no forman
Tan enamorada plática:
Pues la de su amor acorta.
La relacion de sus odios,
Que en amistades se tornan.
Mas sus palabras oigamos,
Pues lo permite la historia.

AURORA.

¿Y ese Osorio que dices,
Es sobrino del juez del mismo nombre?

DON JUAN.

Si mas; con ese ceño,
Aurora ¿de esa paz qué mal predices?

AURORA.

No lo sé, mi Don Juan; pero de ese hombre
Me temo que te meta en mas empeño,
Con la paz asentada,
Que con la saña y division pasada.

DON JUAN.

¿Mas cuál es la razon de tus temores?
Dila si alguna tienes, que me holgara
Conocer la intencion de esos traidores,
Y ¡vive Dios...!

AURORA.

Don Juan, no así te azores.

DON JUAN.

¡Oh! donde al uno de los dos hallara!

AURORA.

Escúchame primero.

DON JUAN.

¡Le matara!

AURORA.

Yo nada sé, Don Juan, de positivo,
Mas la ocasion de mis sospechas oye,
Y acaso en ellas mi razon apoye
Sólido fundamento;
Pues yo te amo, Don Juan, y por tí vivo,
Y favores sin cuento,
De tí en mi duelo y orfandad recibo.
Te diré en lo que estriba
El temor que sobrado
Acaso manifiesta mi cuidado,
Porque el tuyo tambien despierto viva.

DON JUAN.

Acaba, en fin, por Dios.

AURORA.

Ese mancebo

Osorio, con quien paces
Tan repentinas haces,
Me vió en misa una vez, siguió mis huellas,
Y al umbral de esta casa
Vino á parar guiándose por ellas.
Paseó la calle al pié de los balcones
Alguna noche, y en las altas horas

Me hizo entonar canciones,
Y músicas de amor, acusadoras.
Yo le iba á despedir por importuno.
Cuando una noche en medio de su fiesta,
De su rondalla interrumpió la orquesta,
Como cortada por azar alguno.
Curiosa de entender lo que pasaba,
Por el postigo me asomé entreabierto,
Y ví que entre los músicos estaba
Con sus rondas el juez, y á su sobrino
Del brazo se llevaba
Y al oido le hablaba:
Y desde aquella noche nunca vino.
Uno de sus ronderos,
Viejo criado de mi anciana tia,
Nos dijo lo que el juez dicho le habia.

DON JUAN.

Acaba, Aurora ¿qué le dijo? acaba.

AURORA.

Que la dama que así galanteaba,
Era la dama á quien Don Juan servia.
Mi pleito desde entonces no prospera,
Porque de Osorio el juez pasó á las manos,
Donde anudando vuestra historia entera,
Arguyo yo, Don Juan, de esta manera:
Conocieron la dama
Que su enemigo ama,
Y encima de su rastro se pusieron:
Los intereses de ella entorpecieron,
Y al mismo tiempo que sus huellas siguen
Y acechan, si no es ya que les persiguen,
Por mediacion del rey la paz pidieron.
En mal, pues, de Don Juan ó de su dama,
Algun misterio entre los dos se trama.
Ellos son dos en su familia, solo
Quedas tú de la tuya, el tio tiene
Gran favor con el rey, y del rey viene
La mediacion... me temo que es un dolo
Que Don Miguel de Osorio te previene.

DON JUAN.

Ese fuera el azar hasta hoy mas grave,
Pues ellos la amistad solicitaron.

AURORA.

Mas si el caso pintaron
De otro modo, ¿quién sabe?
Esto no es mas que suponerlo todo,
Don Juan; mas de esta paz, os lo confieso,
Me estraña mucho la ocasion y el modo:

Y de este fué calculando,
Y trayendo á la memoria
Mil apariencias contrarias
La andaluza previsora:
Y de este modo Don Juan
En su ánima recelosa
Empezó á sentir que entraba
Lenta la sospecha y sorda.
Vió que de casa del tio
Hasta la de la que adora,
Solo median pocas calles,
Y esas ademas muy cortas.

Vió que el pleito de la chica
Ventajosa faz no toma
En el despacho de Osorio,
Y poco á poco fué torva
La faz mostrando Don Juan:
La voz espiró en su boca
Poco á poco, y vióse en fin,
Que mil quimeras que abortan
De su dudoso cerebro
En su corazon se agolpan.

De los sucesos pasados
Despertando las memorias.
Y en semejantes ideas
Su alma embebida y absorta,
A media noche Don Juan
Dejó á la Circe de Ronda,
A pasos lentos cruzando
Por las callejuelas lóbregas
Que rodean de la Antigua
La solitaria parroquia.

